

Relatos de agua, luz y madera

Carolina Maldonado Leyes

loqueleo

*A los árboles que, generosamente,
compartieron sus historias conmigo.*

Ibi, Tupa y el gigante de piedra

La hierba de la pradera se mecía suavemente de un lado a otro. El sol entibiaba la suave brisa que parecía jugar con las mariposas. En medio de aquel mar verde, descansaba, tumbada de espaldas, Ibirapitá. Recostada sobre los brazos detrás de la cabeza, la niña observaba las nubes pasar.

Ibirapitá leía la historia de los hombres en aquellos símbolos etéreos. Miles de años narrados en un libro de letras blancas. Las nubes relataban el principio de los tiempos; el surgimiento de los espíritus y los dioses; y el nacimiento de la humanidad. Una historia que giraba alrededor de la tierra, sin principio, sin fin. “¿En qué momento de la historia nos encontra-

remos hoy?”, se preguntaba la niña. El tiempo parecía hablar otro lenguaje en el cielo. La vida parecía detenerse y avanzar a la vez.

De pronto, un estruendo espantó a los pájaros que, formando una nube negra, desaparecieron rápidamente entre las nubes blancas. Ibirapitá se puso de pie y observó a su alrededor. No había ningún movimiento. Entonces, nuevamente, el sonido grave y pesado retumbó en el lugar. Esta vez, el suelo mismo se estremeció. La niña, intuyendo el peligro, corrió cuesta abajo hacia su aldea junto al río.

Cuando llegó, todo era un caos. La gente corría de un lado para otro: se preparaban para huir.

—¡Mamá! —gritó Ibirapitá entre la multitud mientras se dirigía a su casa.

No estaba allí.

—¡Ibi! —alguien la llamaba desesperadamente.

Era Tupa, un niño pequeño que lloraba en medio de la calle. La niña se esforzó por llegar

a él entre la confusión que reinaba en la aldea. El estruendo se hacía cada vez más fuerte, se acercaba. La tierra temblaba bajo los pies de Ibirapitá.

Finalmente, llegó hasta el niño, se puso de rodillas y lo abrazó.

—Aquí estoy, Tupa. Aquí estoy.

11

HABÍA PASADO POCO MÁS de tres años desde que Tupa había llegado a la aldea. Un día, mientras las mujeres lavaban ropa, una lo vio llegar envuelto en hojas verdes, cual capullo de mariposa; venía flotando en el río desde quién sabe dónde.

El pequeño, de no más de seis meses, fue llevado a la chamana de la aldea. Ella lo revisó detenidamente, estaba ileso. Sin embargo, aunque en apariencia era como cualquier otro niño, poseía una característica muy diferente: el color azul de sus ojos. Su mirada, más que acercarse al color del cielo, replicaba

el azul de un lago, oscuro, profundo y misterioso.

La anciana tenía sus sospechas, pero antes de decir palabra alguna, prefirió asegurarse. Dejó al niño al cuidado de la madre de Ibirapitá y partió a consultar a los espíritus en la cima de la montaña.

12 Ibirapitá estaba por demás contenta con la llegada del niño a su hogar. Un par de años atrás, su padre había muerto, dejándolas solas a su madre y a ella. La idea de tener un hermanito la emocionaba mucho. Pronto se encariñó con el bebé y este con ella.

Pasaron tres semanas antes de que volviera la chamana. Era casi de noche cuando llegó. Todos fueron convocados a reunirse alrededor de una gran fogata, a puertas de la choza de la gran anciana.

—He estado con los espíritus de luz —se dirigió al pueblo—. Y ellos me han revelado el origen de este niño —dijo señalándolo—. Él es Tupa, el dios del agua que ha renacido en

este pequeño. Lo han puesto a nuestro cuidado para que se esconda entre nuestra gente: los espíritus de la oscuridad, los Aña, lo están buscando.

No hubo ninguna respuesta, salvo cierto temor que recorrió clandestinamente por el corazón de todos los presentes. Ibirapitá, percibiendo aquel sentir común, se acercó a su madre y abrazó al niño, protegiéndolo.

13

—No deben temer —prosiguió la anciana—. Solo debemos tratarlo como a uno de los nuestros y todo estará bien. —Entonces, dirigiendo una sonrisa al niño, concluyó—: Sé que Tupa traerá prosperidad a nuestra aldea.

Efectivamente, desde aquel día, el caudal del río creció y la pesca mejoró. Las lluvias fueron más generosas y, con ello, la vegetación produjo la fruta más dulce y jugosa que nunca antes habían probado.

El tiempo pasó y Tupa fue creciendo entre los demás niños de la aldea. Ibirapitá fue quien se encargó de cuidarlo, aún más que a su propia

madre. Fue ella quien le ayudaba a comer, y fue ella quien le enseñó a dar sus primeros pasos. Crecieron como hermanos: compañeros en las aventuras, aliados en las obligaciones y cómplices en las travesuras.

14 —TUPA, ¿DÓNDE ESTÁ MAMÁ? —preguntó angustiada Ibirapitá.

El niño, sin embargo, no hacía otra cosa que llorar. Estaba muy asustado y no podía articular ninguna palabra. Ibirapitá lo cargó en sus brazos y volvió a buscar a su madre entre la multitud que corría de un lado a otro.

Otro estruendo hizo temblar nuevamente el suelo, esta vez tan fuerte que casi hizo caer a los niños. No podían quedarse allí, sea lo que fuera que se aproximaba, estaba muy cerca.

—Debemos irnos, Tupa. Ya no llores, encontraremos a mamá.

El pequeño, quien ya se había tranquilizado un poco, miró fijamente a su hermana y susu-

rró algo que estremeció a Ibirapitá. En un instante, su mayor temor se hizo real.

—Aña... Aña... —repitió sollozando.

Ibirapitá escuchó a su hermanito y en su corazón se confirmó lo que tanto terror le causaba: los espíritus oscuros lo habían encontrado.

—¿Viste a la chamana?! —increpó a un aldeano que pasaba por allí.

—Todos se fueron hacia la montaña.

La niña recargó a Tupa en sus espaldas y se dirigió hacia aquella misma dirección. “La chamana sabría qué hacer”, pensaba mientras apresuraba el paso. Cuando llegó al borde del bosque que cubría la montaña, un nuevo estruendo, el más fuerte de todos, la hizo caer sobre sus rodillas. Cuando Ibirapitá se dio media vuelta, vio cómo emergía del bosque, al otro lado de la aldea, un gigante de piedra. La colosal criatura rugió ferozmente al llegar al pueblo.

Las últimas personas que aún permanecían en la aldea tratando de llevar consigo sus cosas, abandonaron su tarea y huyeron lo más rápido

que pudieron hacia la montaña. El gigante continuó rugiendo, mirando desde la altura una a una las pequeñas chozas del lugar.

—Está buscando algo... —susurró Ibirapitá.

La niña se volvió a poner de pie, acomodó nuevamente a Tupa en su espalda y emprendió la subida.

16 —Aún no nos ha visto —repetía convencién-
dose de no volver la mirada—, aún no, aún no.

En la escalada, Ibi adelantaba a algunos ancianos que subían lentamente. Por más que quisiera, no podía detenerse a ayudarlos, pues su deber era proteger a Tupa. De pronto, se escuchó un pavoroso grito. Era el gigante que, frustrado en su búsqueda, aplastaba las chozas. La gente que huía se detuvo. Ibirapitá no pudo hacer lo contrario. Frente a sus ojos, aquel monstruo derribaba sus hogares.

Cuando no quedó nada, la criatura se dirigió al río y puso un pie en él. En ese instante, el agua dejó de correr, el cauce se detuvo. Mas cuando el gigante puso el otro pie en el agua,